

## Evocaciones Toledanas (1)

EXCMOS. SEÑORES, SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando el 21 de Junio de 1955 recibí la comunicación del anterior Secretario de esta docta Corporación, participándome mi nombramiento de Académico correspondiente en Madrid, experimenté, además de sincero agradecimiento por el gran honor que se me otorgaba, un hondo e inefable sentimiento, henchido de responsabilidad, por estimar que esa designación, que me vinculaba, con atadura indestructible, a esta Imperial

(1) Leído en la solemne apertura del Curso 1958-59, que tuvo lugar el día 9 de Noviembre de 1958.

Fué presentado por el Académico Secretario Perpetuo, DON CLEMENTE PALENCIA FLORES, con las siguientes palabras:

«Es costumbre inveterada en esta Corporación que sea un Académico Numerario el que pronuncie su discurso de apertura al iniciarse las tareas del Curso, pero son tan relevantes los méritos de nuestro querido amigo el Excmo. Sr. D. Manuel Cencillo de Pineda, Conde de Pernía, Académico Correspondiente desde hace muchos años, y es tan manifiesto su acendrado toledanismo, que por unanimidad acordó la Corporación cederle este derecho, con la seguridad de que su discurso será para los toledanos un fervoroso canto de nostalgia hacia los días en que se deslizaba su infancia en la Imperial Ciudad. Relacionado con antiguas familias, como la de los Sres. Esteban Infantes, Bretaño y otros, vivió el Toledo de Navarro Ledesma; tomó parte en aquellos juveniles batallones de principio de siglo, y su afecto quedó vinculado para siempre a nuestra Ciudad. Además de estos justos motivos, hijos del afecto, os haré una ligera reseña de sus méritos: Don Manuel Cencillo de Pineda, Abogado, Comandante H. de Intendencia de la Armada, Consejero Directivo de la Compañía Transmediterránea, Vicepresidente de la Unión Naval de Levante, pertenece al Instituto González Fernández de Oviedo (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) y está en posesión de las Grandes Cruces del Mérito Naval, distintivo blanco, y Medalla.

Conferenciante ameno y documentado, fué famosa su intervención en el Salón de Actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas del 24 de Abril con su conferencia sobre «Argelia y sus relaciones históricas y actuales con España», como fué muy notable su estudio sobre Mariana de Jesús, «La Azucena de Quito», recientemente canonizada.

Os cedemos con gusto el uso de la palabra en esta solemne apertura de Curso, nuestro querido compañero, en este Salón de Mesa, mansión que fué de Doña Luisa de la Cerda, Marquesa de Malagón, la gran amiga de Santa Teresa. No quiero retardar vuestra intervención, porque comprendo la natural impaciencia de este selecto auditorio que va a tener ahora el honor de escucharos».

Ciudad, me convertía en cantor de su grandeza histórica y en apasionado defensor de sus inmarcesibles y múltiples valores.

Al propio tiempo, esa elección despertaba, en lo íntimo de mi ser, emociones incontenibles originadas por el hecho de que aquí, en Toledo, transcurrieron varios de los primeros años de mi vida y aquí, en el inolvidable y desaparecido Colegio de Nuestra Señora de la Paz, aprendí las primeras letras, continuando en su Instituto los estudios de segunda enseñanza hasta alcanzar el año 1900 el título de Bachiller. Esta circunstancia dejó tan honda huella en mí, que hace pocos años, algunos de los supervivientes de aquella ya lejana fecha, vinimos a Toledo, con el fervor de peregrinos, para rememorar y recorrer las aulas del Instituto, en las que aún nos parecía ver y oír a los doctos varones que fueron nuestros maestros: San Román, Aquino, Reyes, Marina, Besteiro, Milego, Pons, Hoyos... Tales antecedentes explican que, para mí, Toledo no sea una capital más de España, sino que constituya algo entrañable, y que me halague sobremanera que mi nombre figure, aunque sea en lugar muy modesto, como corresponde, entre los esclarecidos de esta Corporación, que por sus innegables méritos se distinguen por su amor a la ciudad y a sus gloriosas tradiciones.

También requiere explicación mi atrevimiento de verme hoy en esta tribuna, llevando la voz de la Real Academia, que no ha de juzgarse como acto inconsciente o petulante, sino de humildad al someterme a esta prueba expiatoria, superior a mis fuerzas, que indica a lo que me obliga mi sincero agradecimiento hacia la Corporación que por un rasgo de benevolencia me ha llamado a su seno. Cuando el cultísimo actual Secretario Perpetuo de esta Real Academia, D. Clemente Palencia, me invitó a que os dirigiera hoy la palabra, mi primer impulso fué declinar tal honor, pero luego, al reflexionar, lo acepté pensando que ello me depuraba la ocasión de proclamar en voz alta, ante la más encumbrada representación de la cultura toledana y de su pueblo, mi inmensa satisfacción y mi amor ilimitado hacia esta ciudad de tan egregia historia, singularmente ilustrada con hechos realmente insignes.

He de hacer, asimismo, la declaración previa, sin la cual se me podría motejar muy justamente de ignorante o de ingenuo, que no pretendo decir nada inédito, pues si Toledo es —como con gran acierto expresó un erudito escritor, Santiago García, que

floreció a fines del pasado siglo— «un riquísimo libro que lleva en sus páginas la historia política, social, artística y religiosa de nuestra querida España; y que nuestra grandeza y decaimiento, el pasado, con sus dichas y sus desgracias, se encuentran en esta Imperial Ciudad», debo suponer, pues otra cosa sería ofenderos, que sabéis de memoria las páginas de ese libro, representadas por las gloriosas ruinas que como preciadas joyas de valor incalculable enriquecen la ciudad; por los muchos y afamados monumentos que se conservan en pie resistiendo la injuria de los siglos; por las tracerías morunas y las construcciones mudéjares; por sus plazuelas y enmarañadas y retorcidas callejuelas; por el trazo altivo e imperial de su orgulloso Alcázar que, como el Ave Fénix, siempre que ha sido víctima de la adversidad ha renacido de sus cenizas. Para vosotros, claros varones, resulta perfectamente inteligible el misterioso y sobrenatural lenguaje, lleno de embrujo y seducción, que musitan más que hablan las áureas piedras que enriquecen a la inmortal Toledo; y por eso todo el pasado que palpita en el ambiente, como destello imperecedero de tantas y tan ilustres generaciones que han vivido en su recinto, tengo la seguridad de que se os ofrece como algo actual que aletea a la vez que se desgranán los días que vivimos.

Por otra parte, cohibe mi ánimo, porque lo tengo en mi pensamiento, y todos la conocéis, el recuerdo de la insuperable labor del gran enamorado actual de Toledo que ha desentrañado, vertiéndolas en bellísimas páginas, los enigmas de su historia y de su hechizo, para deleite de sus numerosos lectores nacionales y extranjeros. Me refiero al eminente Dr. Marañón, que en el prólogo de la segunda edición de su «Elogio y nostalgia de Toledo», esculpe este concepto que enmarca, con el preciosismo de su prosa, la gran verdad toledana: «Las ruinas viven como cuando no lo eran, y el alma antigua, prendida en las piedras derribadas o erectas, se suman al alma de hoy, como los ríos que confluyen para correr hacia la Eternidad». Sería, pues, insensato que yo pretendiera, en este acto, decir algo que pudiera, no ya emular, sino acercarse a lo que con la destreza del maestro y con la belleza del historiador y del poeta ha expresado tan maravillosamente el Dr. Marañón.

Y, en efecto, visitando esta ciudad se tiene la quimérica sensación de que para ella no existe el pasado y que prodigiosa-

mente se mantienen esplendorosos sus días de gloria. Recorriendo sus calles, puede hacerse uno la ilusión de que va a oír en sus ágoras y centros culturales, lo que Barrés calificó de «soberbio diálogo entre la cultura cristiana y la cultura árabe, que se atacaron primero para confundirse luego».

Por enjuiciar con criterio exclusivamente materialista, se equivocan los que tildan a ciudades como ésta de somnolientas y de existencia pobre, porque lo cierto es que envidiablemente ellas atesoran vida tan intensa y riquezas tan fabulosas, que no las podrían adquirir los más opulentos e improvisados poderosos de la tierra, por haberse ido acumulando, al paso de los siglos, con aportaciones de los sabios de sucesivas generaciones y cultura.

En Toledo, al lado de ruinas romanas y visigodas, se admiran construcciones árabes y cristianas, y desde Alfonso VI, su libertador en el siglo XI, las siguientes centurias de historia española han dejado aquí su marca indeleble, lo mismo en templos y sinagogas que en palacios y otros edificios como el Alcázar de Carlos V, construcciones que no son simple arquitectura o arqueología, sino que tienen alma y hablan al espíritu en un lenguaje cautivador, que embelesa hasta a los más profanos.

En la admirable y armónica reunión de arquitecturas que con generosidad ofrece la ciudad, destaca el estilo árabe, que se caracteriza, más que por unas especialísimas formas exteriores, por la rica ornamentación interna, donde volcaron con inagotable fantasía creaciones originalísimas, que pasman por su belleza, en las que se combinan sabiamente los elementos geométricos con los que denominamos arabescos. Y es que los musulmanes, a los que la ley de Mahoma prohibía la reproducción de imágenes, impidiéndoles cultivar la pintura y la escultura estatuaría, concentraron su genio artístico en la arquitectura, en la que sobresalieron, de tal forma, que ejerció influencia en la cristiana, como lo prueba el estilo mudéjar y el ojival y, finalmente, el renacimiento. Esta influencia no sólo se extendió a las edificaciones de la España cristiana, sino que alcanzó a buena parte de Europa. En Toledo, muchos de los monumentos que tanto admiramos, levantados después de la reconquista, acusan tal carácter árabe, que imprimen a la ciudad un aspecto oriental. No me propongo describir, ni siquiera enumerar, estos monumentos, de que se

ocupan las guías turísticas, y sólo he de referirme, por su situación, a la Puerta del Sol, de sugestiva belleza y esbeltez, que parece va a dar entrada a una ciudad islámica, en la que se va a oír, en el minarete de cualquier mezquita, el canto del muecín anunciando a los fieles los actos del culto, al mismo tiempo que judíos y cristianos practican los suyos en sinagogas e iglesias mozárabes.

Porque Toledo, para el visitante culto, que sabe de Historia de España es, como ha dicho certeramente el Dr. Marañón, «una encrucijada de corrientes raciales, redonda, en donde al fuego lento de los siglos se han ido destilando las almas de las viejas civilizaciones», y esas almas —añado— han dejado tal recuerdo de su paso que, por efecto de una sugestiva alucinación, se tiene el sentimiento de que deambulan y alientan en el intrincado laberinto de sus calles.

Plástico y genial intérprete de esta sensación espectral fué el Greco que, penetrando con la magia de sus pinceles en ese espíritu que flota en la ciudad, pintó unos personajes que por ser eternos parecen incorpóreos. Cossío, con su indiscutible autoridad, calificó a ese gran artista «ante todo y sobre todo como un pintor de almas».

Quien por no residir en Toledo carezca aquí de amigos y conocidos y contemple en sus calles y locales la masa para él anónima de sus habitantes, puede hacerse la ilusión, si está dotado de fantasía y conoce la historia de la ciudad, de que aquellos individuos que la pueblan encarnan a los que vivieron en anteriores y sucesivas épocas. A los hispano-romanos que hallaron los visigodos al posesionarse de España y elegir a Toledo como capital de su Imperio; a los judíos que en el año 125, bajo el reinado de Adriano, se establecieron en España, con predilección en Toledo; a los árabes que, finalmente, la dominaron durante cerca de cuatro siglos, dejando en ella un indeleble influjo.

Es indudable que Toledo, no obstante los siglos transcurridos desde que se incorporó a Castilla, está impregnado de vestigios árabes, de aquel pueblo que, procedente de la Península de su nombre, inflamado por la doctrina de Mahoma, la extendió por el mundo con el poder de sus cimitarras y de su caballería invencible, y que cuando afianzó su poder sobre un vasto imperio, que gobernaba desde Damasco, le entró la pasión del estudio, hacién-

dose traducir los libros de la sabiduría antigua; son los mismos que crearon el Califato de Córdoba y, ansiosos de ilustrarse, tuvieron agentes en las más cultas capitales de la antigüedad, encargados de remitir cuantas obras notables, de sabios y poetas, vieran la luz, y de informar sobre los progresos científicos. Con este sistema de gobierno, Córdoba y Toledo llegaron a ser, en aquella época de la España musulmana, un emporio de la riqueza y del saber. La caída del Califato de Córdoba por el empuje de las hordas norte-africanas, marca la desmembración de la España musulmana, felizmente para la reconquista cristiana.

Hay que recordar que los invasores árabes, escasos en número, aplicaron a los vencidos, por necesidad de su política, condiciones liberales, reconociéndoles el ejercicio de su religión y la vigencia de sus leyes, aplicadas por sus jueces. Estos españoles cristianos, que formaban el núcleo más importante de la población del Estado musulmán, recibieron el nombre de mozárabes, y jugaron un importante papel tanto en el orden público interno como en el cultural. Menéndez Pelayo, al contemplar su condición, dice en la «Historia de los heterodoxos españoles», «interesante, aunque doloroso espectáculo es el de una raza condenada a la servidumbre y al martirio». Y a todos ha de asombrar que estas minorías raciales, presas en el mundo islámico, indefensas y entregadas a su suerte, objeto de persecuciones y de halagos de toda índole, se mantuvieran, durante siglos, fieles a su religión y a su estirpe, y las encontraran alertas y en guardia las huestes de los reinos cristianos cuando llegaron a libertarlas.

Refiriéndose Menéndez Pelayo a los periodos de intolerancia de algunos Califas, que produjeron mártires entre los mozárabes, y a las medidas adoptadas por otros para la fusión, provocando algunas apostasías, enjuicia: «algo hubo de todo, pero ni tanto como pudiera recelarse, ni bastante para oscurecer la gloria inmensa de los que resistieron, lidiando a un tiempo por la pureza de la fe y por la ciencia y tradición latina».

Es innegable que si los grandes focos mozárabes de Córdoba, Sevilla y otros lugares, tuvieron en un tiempo gran influencia, y de ellos salieron los mártires de las persecuciones, también lo es que, por muchas causas, todos estos elementos se fueron concentrando en Toledo, siendo Toledo por antonomasia la ciudad de los mozárabes, hasta el punto de que al caer en poder de los cris-

tianos, poco se habla ya de esa clase de españoles, porque las minorías que pudieran existir en la zona aún irredenta dejaron de desempeñar un papel político influyente.

Abderramán III el Grande, con su sabia política, hizo posible el contacto de la cultura islámica traída de Oriente por los conquistadores, y la de los romanos y visigodos, conservada en las bibliotecas de algunas basílicas y cultivada amorosamente por sabios doctores que aleccionaban a los mozárabes, manteniéndose así la tradición isidoriana. Esa política de acercamiento, tan útil, en un aspecto, ofrecía el peligro, acentuado por el cada vez mayor número de entrecruzamientos entre musulmanes y cristianos, de que se relajara el sentimiento mozárabe, contra lo que luchó un sacerdote cordobés, San Eulogio, que se dedicó con ardor misionero a restaurar el puro sentimiento cristiano de los mozárabes, impregnando sus predicaciones de un sentido patriótico.

La consecuencia de esa compenetración cultural entre una y otra civilización nos la ofrece Toledo en la época que media entre su conquista por Alfonso VI, año 1085, y la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos, año 1492, con el singular espectáculo de que los pertenecientes a las tres razas y tres religiones diferentes, cristiana, musulmana y judía, a la vez que practicaban sus respectivos cultos en iglesias, mezquitas y sinagogas, contribuyeran con su ciencia, su arte y su comercio al esplendor de la ciudad.

Refiriéndose a este período, dice Marañón: «En Toledo convivieron tres religiones, unidas por el sublime desasosiego de los seminarios de clérigos y religiosos, las instituciones árabes, como el famoso Colegio de Medicina, Jurisprudencia y Astronomía, y los equipos israelitas», y en otro lugar, aludiendo a las consecuencias de la caída del Califato, completa el concepto expresando que entonces «los sabios andaluces se refugiaron en Toledo, hacia 1250, y en Alfonso X encontraron protección. En Toledo se hizo en gran parte la articulación luminosa con un presente, todavía oscuro, pero en donde empezaba ya a clarear la aurora del Renacimiento. A los españoles y a los árabes se unieron a la magna tarea los judíos, que contribuyeron a hacer de Toledo un maravilloso centro intelectual».

Después de esa época, ya ausentes los judíos expulsados, y desaparecidos los mudéjares como tales por su conversión

al cristianismo, para fundirse más tarde con la población toledana, tuvo la ciudad un nuevo período de esplendor al elegirla Carlos V como capital de su doble Imperio, el Sacro Romano y aquel otro que se estaba fraguando en América después de su descubrimiento por España. Precisamente en estos días, en el marco suntuoso y subyugador del Hospital de la Santa Cruz, de fundación coetánea, admirablemente restaurado por la Dirección de Bellas Artes, regida por el ilustre D. Antonio Gallego Burín, a la que Toledo, y en especial esta Real Academia, deben gratitud eterna por haber rescatado de la ruina, y tal vez de su total desaparición, tan preclaro monumento, se está celebrando, organizada por la propia Dirección de Bellas Artes, una Exposición que, coincidiendo con el Cuarto Centenario de su muerte, evoca con brillantez y rigor histórico la ingente figura del César español, de su tiempo y de sus hazañas, con reliquias venidas de casas particulares y de Archivos de España y del extranjero, como homenaje a nuestro Carlos I. El eximio escritor, mi amigo Víctor de la Serna, contribuye a ese homenaje con este párrafo de una crónica aparecida en el diario «ABC», que engarzo, como piedra preciosa, en esta disertación: «Castilla se suma a la glorificación de su gran Rey, Emperador de Europa, y se siente orgullosa del eco que gracias al César Carlos ha dejado el paso de la Infantería española por los más ilustres y hollados caminos de Europa. Sólo Aníbal, Octavio, Carlos y Napoleón Bonaparte los anduvieron. Y Carlos los anduvo con soldados castellanos. Y bastaría, además, para que borráramos todo recuerdo ingrato, con pensar que en Carlos fué la vena castellana la que se puso en pie para jugárselo todo por la fe católica».

Así es Toledo: remanso de gloriosos recuerdos que penetran en nuestro espíritu aun sin tomar forma definida. El escritor y político de finales del pasado siglo y principios del actual, Gustavo Morales, que tantas páginas escribió exaltando su ciudad, dice en una de ellas: «En este Toledo estaba todo el pasado de mi raza mozárabe», proclamándolo como legítimo timbre de esclarecida estirpe, con la misma delectación que no hace muchos días me lo repetía mi querido y fraternal amigo de la infancia, vuestro paisano Pepe Esteban Infantes, que tantos méritos ha sumado en su activa y fecunda vida.

En su grata compañía recorría hace pocos días los lugares de

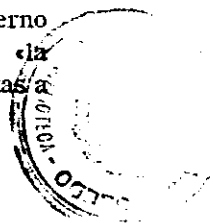


nuestros juegos infantiles, que despertaban en mí ser las sensaciones de entonces.

Los recuerdos se agolpaban en nuestra memoria al recorrer las calles, que llevan los mismos nombres de antaño, rememorando aquel Batallón Infantil de 1898, en que ambos éramos Capitanes, así como el actual General y querido amigo Fidel de la Cuerda, organizado sin duda para rendir honores a los soldados españoles que, en una lucha heroica por desigual, defendían los últimos restos de nuestro gran Imperio Americano. (Grandes y prolongados aplausos).

Evocamos, asimismo, las aficiones literarias de la juventud de entonces, cuya aspiración consistía en ver su firma en algún periódico de los que entonces se publicaban, admirando a los escritores consagrados y leyendo sus artículos o trabajos históricos con la misma avidez e interés con que actualmente suelen muchos leer las páginas deportivas.

Recordábamos las Covachuelas de entonces, en las que, vistas desde arriba, nos daban la sensación de estar habitadas aún, después de tantos siglos, por los ascendientes de los que, hoy esparcidos por el mundo, consideran a Toledo como su verdadera patria, y para proclamar su origen y permanecer unidos, están agrupados en la «Federación Mundial Sefardita», con sede en Londres, cuyo Presidente, Yeir Behar Passi, ha estado recientemente en España, haciendo unas declaraciones a la Agencia Iber-Press, publicadas por el diario «Pueblo», de Madrid, que las encabeza expresando que dicha Federación reúne a todas las comunidades judías de origen español que existen en el mundo, las cuales «a través de los siglos permanecieron fieles a nuestro idioma y a nuestras costumbres con una añoranza entrañable y tan poderosa, que ni sometida a las más rigurosas influencias de razas, opresiones, climas ni glorias, alteró jamás». El Sr. Behar declara que estas comunidades son numerosísimas, pues sólo la de Jerusalén agrupa a unas 700.000 personas, siguiéndola en importancia las de América, Holanda, Balcanes, Inglaterra y Norte de África. Lamenta el Sr. Behar que la juventud sefardita, «que culturalmente se considera hija de España, no conozca ni pueda incorporarse, como desea ardientemente, al ritmo moderno de su pensamiento». Dice, finalmente, que está planeando «la creación de una Academia Sefardita de la Lengua con vistas a



hermanarse a la Real Academia de la Lengua Española, teniendo también en estudio la fundación de una Asociación Sefardíe de Amigos de la Cultura Hispánica, dispuesta a editar publicaciones que recopilen las obras de nuestros escritores en castellano moderno, facilitándoles el camino para que puedan incorporarse a la actual literatura castellana».

Estos anhelos, que tanto deben satisfacernos como españoles, y coinciden con la labor de acercamiento que, con tesón y valentía, realizó durante toda su vida el Dr. Pulido, ha de hallar eco sobre todo en Toledo, y por eso me permito exponerlos en esta ocasión, confiando en que esta Real Academia los estudiará por si fuera procedente coadyuvar a que tengan efectividad del modo más conveniente a los intereses españoles.

En lo que se refiere a los mozárabes, el año 1897, o sea en la época que evoco, el funcionario del Archivo Histórico Nacional, D. Francisco Pons Boigues, publicó unos «Apuntes sobre las escrituras mozárabes toledanas» que se conservan en dicho Archivo procedentes de la Catedral de Toledo, en número de unos 250 pergaminos escritos con caracteres arábigos», en los que advierte que si bien no tienen un alto valor histórico, arrojan alguna luz sobre la geografía comarcal y la condición social, usos y costumbres e instituciones jurídicas de los mozárabes, teniendo la gran importancia de «ser reliquias venerables de aquella raza latino-visigótica que, aunque rodeada durante los cuatro siglos anteriores de los sectarios del Islam, conservó inmaculado el depósito de las creencias cristianas, de la ciencia isidoriana y de las tradiciones nacionales», añadiendo que en esas escrituras, especialmente en los testamentos, «se formulan explícitas y solemnes profesiones de fe, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y se confiesa y proclama el dogma católico en su integridad, tal y como lo anunciaron los Apóstoles y lo expusieron los Santos Padres», expresándose en árabe, un árabe cristianizado y españolizado, idioma que hasta entonces sólo había servido para cantar las alabanzas de Alá.

Pocas son las obras que se han publicado en España sobre esta importantísima materia, pues, aparte de la conocida «Historia de los mozárabes españoles», de Simonet; de la de González Palencia, de 1926-1930; de L. Bouvat, en francés, de 1932, y de la más moderna del diplomático español, recientemente fallecido, Isidro

de las Cagigas, no se cuenta con otras, a pesar de que la cantera documental existente en los archivos ha de estar, en gran parte, sin investigar, debido a que, para poder hacerlo, se requiere ser arabista o conocer la escritura aljamiada.

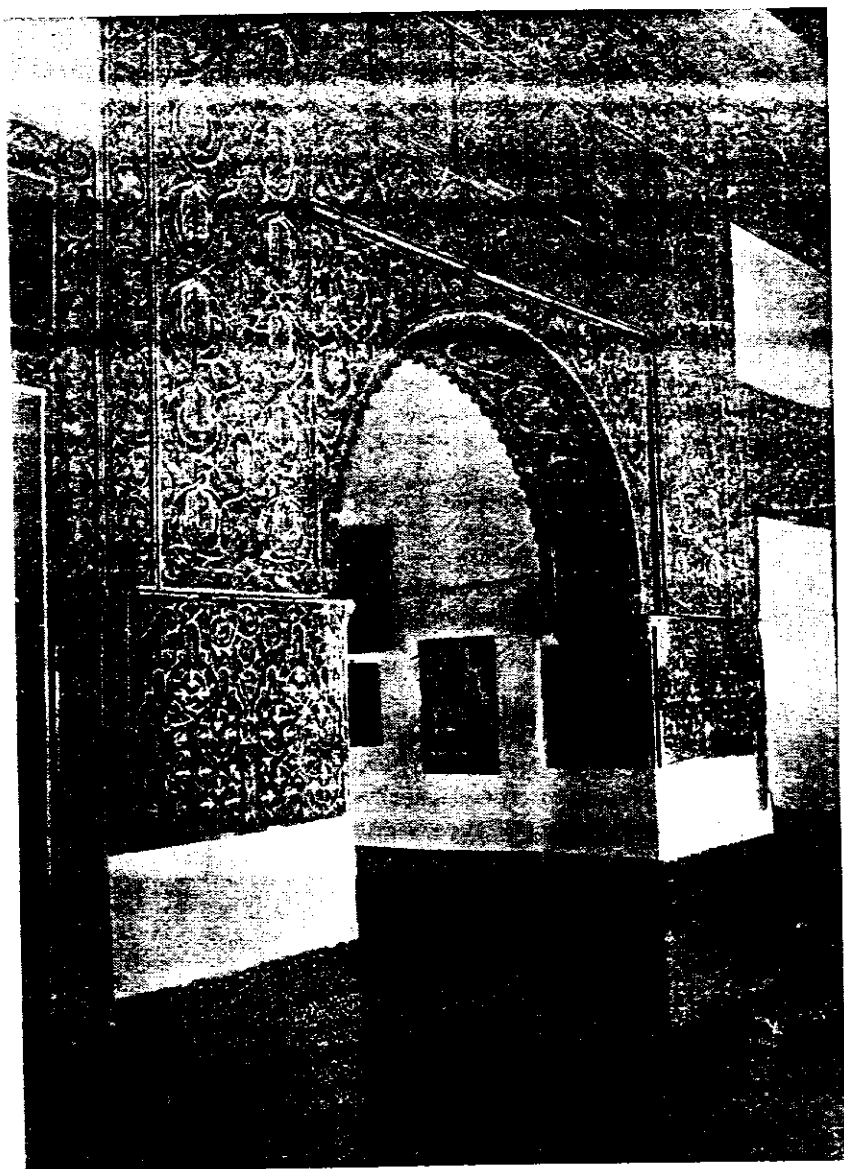
El señor Pons opina que fué tal la importancia de Toledo en aquellos siglos, que le parecerá siempre poca la diligencia que se ponga en ampliar los conocimientos que sobre ella poseemos, pues la ciudad, convertida por Alfonso el Sabio en emporio de la ciencia hispanoarábica y en foco de cultura que se difunde por todos los ámbitos de la Península, y aun por las naciones extranjeras, bien merece que a ella dediquen sus investigaciones los sabios españoles.

No está, por tanto, fuera de lugar, que se recabe para Toledo la creación de una cátedra, Colegio Mayor o Seminario sobre los mozárabes, al que puedan acudir los amantes de estos estudios, con los elementos que le ofrecen sus archivos u otros españoles, a semejanza de los centros culturales que para otras investigaciones existen en varias Universidades, como el Seminario de los Reyes Católicos, en Granada, para investigar y divulgar todos los aspectos de la historia española durante aquella gloriosa época, o el Colegio Mayor de Estudios Hispanoamericanos, de Sevilla, por no citar otros de los varios que, con gran fruto, funcionan brillantemente en varias provincias españolas».

Esto es cuanto me sugieren las evocaciones toledanas, estimuladas desde la altura de un típico cigarral, acariciando mi vista el cinturón bravío del Tajo, que ciñe la gran ciudad, tan rica de Historia y de leyenda, impenetrable a la mudanza de los tiempos, nimbada de gloria y habitada hoy por toledanos y forasteros que se afanan en su trabajo diario para hacerla progresar de suerte, que su grandeza material se equipare a la que le ha dado su brillante pasado.

Todos los que la amamos hemos de poner a contribución nuestros esfuerzos para atraer a los estudiosos, a los fanáticos de la investigación, y todos juntos extraer de sus archivos páginas aún inéditas que constituyan nuevos laureles que adornen el águila bicéfala de su escudo imperial».

He dicho.



**Detalle del interior del «Salón de Mesa», domicilio social de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.**